

COLASA.

Está en la sala
de comer.

D. FERMIN.

Y diga Vd. (á D. Sev.)
¿doña Lucrecia cenaba?

D. SEVERO.

Es natural.

D. FERMIN.

Pues entonces,
cenemos todos, que tarda
á mi estómago este instante.

D. SEVERO.

¡Ay don Fermín! me olvidaba
de entregaros un dinero,
que me dieron en Tafalla
para vos.

D. FERMIN.

Ya me lo avisa
don Jaime: tiempo hay mañana.

D. SEVERO.

Aquí lo tengo yo en oro.

D. FERMIN.

Pues no quiero: ¡hay tal machaca!
vamos, vamos á cenar.

D. SEVERO.

Vamos pues, ¡cosa más rara!
¿Por qué se habrá desmayado?
No puedo dar con la causa.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA TOMASA Y COLASA.

DOÑA TOMASA.

¡Qué larguísima es la cena!

COLASA.

Y ¿cuándo el tiempo no tarda
para el hambriento que aguarda?

DOÑA TOMASA.

La consecuencia no es buena;
pues tú sabes que he cenado.

COLASA.

Pero os queda el apetito
de que caiga en el garlito
ese novio desdichado.

DOÑA TOMASA.

Dime, Colasa, por Dios,
¿le encontraste muy galán?
¿es bizarro?

COLASA.

¡Lindo afán!
ahora es galán para vos,
mas no sé lo que será
cuando os santifique el cura.

DOÑA TOMASA.

Gala que tan poco dura
muy mala espina me dá.
Sin embargo, te confieso
que me ha parecido bien.

COLASA.

Si viene á casarse, ¿quién
puede, Señora, hablar de eso?
pues los hombres mas tranquilos
son parecidos al paño,
y mientras no pasa un año
nunca descubren los hilos.

DOÑA TOMASA.

Lo mismo de una doncella
dirán con distintos modos.

COLASA.

Dicen que es Fénix, y todos
hablan bien sin conocella.
Sólo un diestro cazador

la vé en sus redes cogida,
mas no temáis que en su vida
disminuye su valor.
que aquel que suda y se afana
por coger una nuez verde,
trabajo y mérito pierde,
si confiesa que está vana.
Pero hablando de otra cosa
¿qué esperais, señora aquí,
¿queréis serviros de mi?

DOÑA TOMASA.

Antes no, sieudo forzosa
necesidad que te alejes
luego que sintamos ruido;
y si acaso es mi querido
Severo, sola me dejes.

COLASA.

¿tenéis, pues, que hablar con él?

DOÑA TOMASA.

Mucho tengo que decir.

COLASA.

¿Y qué?

DOÑA TOMASA.

Vóile á descubrir
un secreto.

COLASA.

Conque infiel
hollando promesa y fe
¿vais á decir la verdad?

Doña TOMASA.

¡Jesús, y qué necedad!
Cuando me case lo haré;
porque antes muy mal hiciera,
y ninguno se casara
si una mujer encontrara,
que la verdad le dijera.
Ahora esta conversación
sólo á esforzar nuestro enredo
se dirige.

COLASA.

Tengo miedo
que como los hombres son
ladinos y redomados,
no descubra la maraña.

Doña TOMASA.

¡Ay Colasa! les engaña.
su amor propio á los cuitados.
Este sexo protector
convierte todo en sustancia:
no temo su vigilancia,
temo más bien su rencor:
porque el orgullo ofendido
perdona muy rara vez.

COLASA.

Marido con altivez
no puede ser buen marido

Doña TOMASA.

¿Y á quién tal cosa acomoda?
Por eso y por mi sosiego

tomo cartas en un juego
en que arriesgo amor y boda.

COLASA.

No temáis ya, que por vos
con toditas las mujeres
está Amor.

Doña TOMASA.

¿Y entonces quieres
que tema?

COLASA.

Señora, adiós,
pues siento abrir la mampara.

Doña TOMASA.

Adiós, pues, y el cielo quiera
que esta mentira primera
no se conozca en mi cara.

ESCENA II.

Doña TOMASA *sola*.

Doña TOMASA.

Quiero sentarme y tomar
una postura elegante,
compañera de un semblante,
que demuestre mi pesar.
Apóyese la mejilla
en la mano; el pie pulido
descanse como al descuido
en el palo de esta silla.

Mis ojos lánguidos, bellos,
respiren amor y enojos,
y encubran tan tristes ojos
mis desgreñados cabellos.
¡Ay! si un espejo tuviera
no era dudoso el efecto,
que un amigo tan perfecto
ni engañara ni mintiera;
mas si el destino cruel
me priva de tal consejo,
sea el interés mi espejo,
que otros se miran en él,
y les sale bien la cuenta.
¿Por qué no ha de ser así
con mi engaño? Ya está aquí:
quiera Dios no me arrepienta.

ESCENA III.

D. SEVERO Y DICHA.

D. SEVERO.

Vaya, ¡y qué pesados son!
tanto beber y brindar,
y después vuelta á empezar
la eterna conversación
del abuelo don Rodrigo,
y del tío don Sempronio:
¿Parentela del demonio,
queréis acabar conmigo?
Yo pienso que hasta mañana

permanecen en la mesa
según su ninguna priesa.
¡Buen provecho! A la ventana
me voy á tomar el fresco
y á fe que lo necesito,
pues este vino maldito
de Peralta, es un refresco
singular para verano.
¡Si quema más que la lumbre!
Como no tengo costumbre
de beber, y este inhumano
suegro quiso que bebiese
como ellos beben, á estajo,
no extrañaré que un trabajo
esta noche sucediese

DOÑA TOMASA.

¡Ay Dios!

D. SEVERO.

Se quejan, suspiran;
¿Quién, pues mas, cielos ¡qué veo!
¿es ilusión del deseo
la que mis ojos admiran?
¿Sois vos, graciosa Florita?

DOÑA TOMASA.

Sí, señor, la misma soy.

D. SEVERO.

Mil gracias al cielo doy,
pues tan bella os resucita.

DOÑA TOMASA.

¡Lisonjas á mí, señor!
Pienso que os equivocáis

D. SEVERO.

No sé por qué lo digáis.

DOÑA TOMASA.

Dígolo, porque mejor
se emplearán en mi prima.

D. SEVERO.

¿En quién?

DOÑA TOMASA.

En doña Tomasa,
que aunque está fuera de casa,
y no os conoce os estima.

D. SEVERO.

El amar sin conocer,
no es fácil de concebir;
porque si amar es sentir,
¿cómo se siente sin ver?

DOÑA TOMASA.

Gusta el veros de un humor
tan grato y tan placentero;
y sacar partido quiero.

D. SEVERO.

¿Cómo?

DOÑA TOMASA.

Pidiendo un favor
que espero no me neguéis.

D. SEVERO.

Disponed Florita hermosa,
de mi ser.

DOÑA TOMASA.

Es corta cosa;

tan sólo que me escuchéis.

Temo caballero,
que os ha de cansar

mi triste relato,
pero pues que ya

fui tan infelice
que disimular

no supe esta tarde,
por Dios perdonad,

y sabedlo todo,
porque mi pesar

ha llegado al punto
en que es fuerza optar
entre odio y desprecio;

y en apuro tal,
del odio prefiero

experimentar
la herida dudosa

y no la mortal
con que los desprecios
matan sin chistar.

Bien sé que mi tío,
lleno de bondad,

habrá disculpado
á mí ceguedad.

También os diría,
que una enfermedad
es sólo la causa
de todo mi mal.
¡Donosa bobada
de un viejo que ya
olvidado tiene
qué cosa es amar!
¡Ay, no ha mucho tiempo
que mi mocedad
alegre ignoraba
del ciego sagaz
los fieros ardides,
la impune maldad.
Pensaba yo entonces
que ni el bien ni el mal
pudieran un día
turbar mi orfandad;
gozosa burlaba
en mi oscuridad
los títulos vanos,
las honras que dan
orgullo á los ricos,
al triste, pesar.
¡Dichosa mil veces,
si tanta humildad
con tanta ventura
pudiese durar!
mas no, que huyó luego
mi felicidad,
luego que la flecha

sentí del rapaz.
¡Mal haya este instante
para mí fatal!
pues perdí la dicha,
y hallé en su lugar
dudas, ¡sinsabores.
envidia falaz,
y celos, y celos,
que son el dogal
que al enamorado
incomoda más.
Esta digresión,
señor, perdonad,
que una amante lengua
no sabe callar;
y vamos al caso.
Siete meses ha
que estuve en la feria,
allá en la ciudad,
por la temporada
en que todos van
[los buenos navarros
digo] á celebrar
comiendo y bebiendo
la festividad
del santo Patrono.
Allí cuando más
descuidada estaba,
ví cierto galán.
Ignoro quién sea,
que una principal

mujer, por recato
no puede saciar,
como otras mujeres
su curiosidad.
Pero sea quien fuere
yo no puedo amar
sino á aquél que supo
con sólo mirar
fijar mi inconstante
grata veleidad.
Volvíme á la aldea
creyendo encontrar
en ella el sosiego
que huyó en la ciudad.
¡Insensata, cuánto
me pude engañar!
¿Sosiego un amante?
Más fácil es dar
constancia á la suerte
límites al mar.
Si al menos pudiera
en la soledad
del bosque sombrío
quejarme y llorar:
si no me inquietasen,
no fuera yo tan
desafortunada;
pero por mi mal
se empeña mi tío
que me he de casar
con mi primo Carlos,

á quien yo jamás
podré hacerle dueño
de una voluntad
que está enajenada
y es mala de dar.
En vano les dije
toda la verdad;
en valde eché mano
de la seriedad,
del desdén severo,
del odio mortal,
de cuantos afectos
pueden demostrar
mi acerbo disgusto,
y su necedad.
Todo ha sido en vano,
y contrarrestar
la razón no puede
á su terquedad.
Mi boda y la vuestra
se han de celebrar
en un mismo día.
Yo no os digo más.
Si sois caballero,
si sabéis amar
vuestra cortesía
puede adivinar
lo que yo no digo;
y reflexionad
que el que es bien nacido
obra como tal,

y en nada lo prueba
más que en respetar
la flaca modestia.
D. SEVERO, obrad
no por lo que dije,
si porque callar
debí, y porque os toca
á vos lo demás.

D. SEVERO.

Lo que ahora llevo á entender
no sé si deba dudar.

DOÑA TOMASA.

Será porque el desconfiar
acompaña al merecer.
Mas no perdamos, señor,
nuestro tiempo en platicar,
¿puedo tranquila contar
con vuestro auxilio y favor?
Al menos por compasión,
ya que otra cosa no sea,
á esta unión que se desea,
á esta aborrecida unión
¿os opondréis?

D. SEVERO

Sí, mi bien,

ó quien soy no seré yo.

DOÑA TOMASA.

¿Y lo prometéis?

D. SEVERO.

¿Pues nó?

DOÑA TOMASA.

¿Y lo juraréis también?

D. SEVERO.

Pongo al cielo por testigo,
y lo juro á vuestros pies.

ESCENA IV.

D. CARLOS Y DICHOS.

D. CARLOS.

Pues ese juramento es
más de amante que de amigo.

DOÑA TOMASA.

Señor don Carlos, si en daño
tan vuestro escuchasteis necio,
agradeced un desprecio
que os produce un desengaño.
La ley castiga al sujeto
que robar lo ajeno trata,
y el amor al que arrebató
la posesión de un secreto.
Culpad vuestra necedad
que aquí tan mal os sirvió,
y no os quejéis porque yo
siempre os dije la verdad.
Aunque vos una corona
me pusierais á los pies,
no la admitiera, pues es
vuestro amigo el de Pamplona.
Y pues ya tuve el consuelo

de ver lo que apetecía,
voy á gozar mi alegría
á solas. Guárdeos el cielo.

ESCENA V.

D. SEVERO Y D. CARLOS.

D. CARLOS.

Hombre vil, mal caballero,
falso amigo, humana fiera,
engañoso cocodrilo,
ó venenosa culebra
que abrigó mi triste pecho,
dí, vascongada pantera,
por casualidad nacida
entre los montes de Azpeitia.....

D. SEVERO.

Carlos, calla, ¿estás borracho,
ó has perdido la razón?
No añadas más disparates
á tamañas desvergüenzas.
Qué, para que yo responda
á cuanto preguntar quieras,
¿necesitas echar mano
de esas palabras groseras,
que sólo mala crianza
ó poca razón demuestran?
¿Qué quieres, pues, que te diga?

D. CARLOS.

Nada ya, porque tu lengua

no puede decirme más
de lo que sé.

D. SEVERO.

Pues bien, cesa,
cesa ya tales injurias,
y el partido que convenga
mejor á tu situación
toma.

D. CARLOS.

Mi intención es ésa.
Y pues el uso establece
entre hombres de nuestras prendas
sólo un medio de borrar
todo género de ofensas,
ese escojo.

D. SEVERO.

Dí cuales.

D. CARLOS.

Que conmigo al campo vengas.

D. SEVERO.

Pues ¿á qué?

D. CARLOS.

A satisfacerme.

D. SEVERO.

¿Cómo?

D. CARLOS.

Quedando uno en tierra.

D. SEVERO.

¡Bueno! Pero no sabía
que romperme la cabeza
pudiera satisfacerte.

D. CARLOS.

¿Qué quieres? Así lo ordena
el que llamamos honor.

D. SEVERO.

¿Qué derechos se reservan
entonces las santas leyes?

D. CARLOS

En semejantes materias
la opinión y la costumbre
deciden.

D. SEVERO.

Pero el que piensa
con madurez, el que trata
de seguir siempre la senda
del deber y la virtud,
debe transigir con ellas.

D. CARLOS.

Si se complace en la infamia,
que transija enhorabuena.

D. SEVERO.

¿En la infamia?

D. CARLOS.

Pues, ¿y cómo
se puede llamar la befa,

el desprecio, los baldones,
que á los prudentes esperan
en premio de su conducta?

D. SEVERO.

Les sobra con su conciencia.

D. CARLOS.

Muy bien defiendes tu causa.

D. SEVERO.

¿Es confesión ó indirecta?

D. CARLOS.

Como quieras entenderlo,
pero permite que crea
que ese tono magistral,
esa estudiada elocuencia,
y una cierta timidez,
que á pesar tuyo se muestra,
dan á entender. . . .

D. SEVERO.

¿Qué?

D. CARLOS.

Tan sólo
que es más miedo que prudencia

D. SEVERO.

¿Volvemos á los insultos?

D. CARLOS.

Al contrario: á mi me alegra
infinito que á tu Flora
se le ofrezca tan risueña

perspectiva. Un sempiterno
marido con la moderna
cualidad de no gustar
de lances ni de quimeras,
es un fortunaón desecho.

D. SEVERO.

¿Callas?

D. CARLOS.

¿Hay toros de cuerda
en tu lugar? Si los hay
no asistas, porque se llevan
á veces sendos porrazos.

D. SEVERO.

Ya me falta la paciencia *aparte.*

D. CARLOS.

Y siempre es mucho mejor
morir de gota serena.

D. SEVERO.

Hablador de Barrabás,
lo que buscas es pendencia,
y la tendrás porque calles.

D. CARLOS.

¿Cuándo ha de ser?

D. SEVERO.

Cuando quieras.

D. CARLOS.

Pues ahora mismo.

D. SEVERO.

Ahora mismo.

D. CARLOS.

¿Tienes padrino?

D. SEVERO.

¿Tú sueñas?

¡Padrino! Pues ¿quién se casa,
ó se bautiza, ó se vela?

D. CARLOS.

El ceremonial exige
La indispensable presencia
de dos amigos, que juzguen
si ambos se matan en regla.

D. SEVERO.

Yo aquí no conozco á nadie

D. CARLOS.

Muy bien, y pase por ésta.

¿Vamos?

D. SEVERO.

Vamos.

D. CARLOS.

Oyes, baja

poco á poco la escalera,
que yo voy por las pistolas.

D. SEVERO.

Cuidado no te detengas.

Bueno es que un loco me obligue (*ap.*)

á hollar por la vez primera [*yéndose.*]
mis principios. ¡Qué remedio
tiene! Y ¿quién tiene paciencia
para sufrir sin motivo
dicterios, insultos, befas
y provocaciones? Vaya,
ya no extraño que sucedan
dós mil lances cada día,
y que un hombre de prudencia
sin gustar de espadachines,
mnchas veces lo parezca.

ESCENA VI.

D, CARLOS, D. FERMIN, COLASA, DOÑA TOMASA Y D. PEDRO.

D. CARLOS.

Señores, oid, escuchad
al rey de armas.

COLASA.

¿Qué me ordena?

D. FERMIN.

¿Qué quieres?

D. CARLOS.

Sólo deciros
en dos palabras y media,
que gracias á mis ardides,
y á su ninguna experiencia,
tenemos ya al señor mío

cogido en lo ratonera;
que vamos desafiados,
que las pistolas no llevan
sino pólvora, que así
es probable que no muera
ninguno, que arrepentidos
de nuestra injusta pendencia,
juraremos olvidarla;
y yo lleno de terneza
á mi Flora cederé,
y mis derechos con ella;
pero como siempre es bueno,
que nada de esto lo sepan
uds. por disimalo,
irá, que quiera ó no quiera
á pasar toda la noche
al garito de la Pepa.
El fastidio, la ocasión,
y cierta condescendencia
que se debe á los extraños,
harán que juegue, y que pierda
el poco ó mucho dinero
que lleve en la faltriguera;
y aburrido y descontento
lo traeré cuanto amanezca
á que ustedes padres graves
pongan fin á la comedia.

ESCENA VII.

D. FERMIN, D. PEDRO, COLASA Y DOÑA TOMASA.

D. FERMIN.

Carlos, mira, escucha, aguarda.

COLASA.

Sí, llame Ud. á otra puerta, que según va no le alcanza una bala de escopeta.

D. FERMIN.

¡Válgame Dios con el chico!

D. PEDRO.

¿Cuál era la intención vuestra en detenerlo?

D. FERMIN.

No sé.

Estas armas, me revientan que al fin el diablo las carga.

D. PEDRO.

Déjese Ud. de simplezas.
¿No las ha visto cargar?

D. FERMIN.

Sí; pero....

D. PEDRO.

¿Pero qué?

D. FERMIN.

¡Buena pregunta! al fin son pistolas.

D. PEDRO.

Buenas noches.

D. FERMIN.

Qué ¿nos deja

Ud.

D. PEDRO.

Pues ¿hay que velar algún enfermo?

D. FERMIN.

Quisiera saber en lo que paraba.

D. PEDRO.

Amigo, larga la lleva Ud. entonces; porque ahora son las diez y media y hasta las siete lo menos....

D. FERMIN.

Según eso, me aconseja Ud. me desnude.

D. PEDRO.

Y que duerma Ud. á pierna suelta. Fuera lo demás locura.

D. FERMIN.

No sé si podré.

D. PEDRO.

Aguir.

D. FERMIN.

Ea,

hasta mañana temprano,
¿no es verdad?

D. PEDRO.

Sin duda.

D. FERMIN.

Buenas
noches. Nicolasa, alumbrá
al señor.... Tú ¿no te acuestas *(á Tom.)*

DOÑA TOMASA.

¿Por qué no?

D. FERMIN.

Como es tu novio.

DOÑA TOMASA.

¿Qué importa para que duerma?
Demasiado velaré
luego que ya no lo sea;
porque entonces, los cuidados
ya ve Ud. siempre desvelan.

D. FERMIN.

Tienes razón, hija mía,
duerme bien, y toma fuerzas
para sufrir los cuidados
que, según dices, te esperan.



ACTO CUARTO.

ESCENA I.

D, SEVERO Y D. CARLOS.

D. CARLOS.

¿Quién pudiera preveer
que te cegaras, maldito?

D. SEVERO.

Todo el que entra en un garito
ha de jugar y perder.

Así nada es de extrañar
que yo jugara y perdiera;
lo que si me desespera,
es me dejase arrastrar
por un loco como tú
á esa lóbrega mansión.